

BERNARD TORELLÓ

EL DEMONIO DE ARBENNIOS



minotauro

EL DEMONIO
DE ARBENNIOS

BERNARD TORELLÓ

minotauro

© Bernard Torelló López, 2021
Imágenes de interior: © Cover Kitchen
Mapas: Fernando López

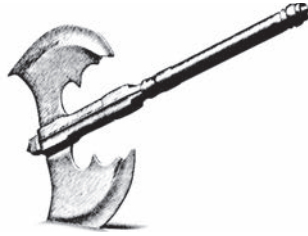
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Avda. Diagonal 662-664, 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com
Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0967-3
Depósito legal: B. 326-2021
Preimpresión: El Taller del Llibre
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

VIDA



Había tenido una pesadilla. No la recordaba con exactitud, pero sabía que estaba relacionada con los infernales. Y todo lo que tuviera que ver con ellos le traía malas sensaciones.

Oyó un ruido a su lado. Giró la cabeza hacia la izquierda y abrió levemente los ojos: Rálenna estaba sentada en la cama, vistiéndose de espaldas a él. El cabello castaño, con mechones rubios, le caía suelto por la espalda como una cascada en perfecta armonía.

—Eres preciosa —susurró.

Ella rio brevemente.

—Lo sé, Kai —respondió, orgullosa—. Aunque nunca me cansaré de que lo digas.

Kai sonrió o habría sonreído si hubiera estado lo bastante despierto; en su lugar, tan solo curvó los labios. La siguió con la mirada mientras ella, con movimientos rápidos y elegantes, se levantaba y salía de la estancia. Con la sombra de la sonrisa aún en el rostro, Kai dio la vuelta hacia un lado, acomodándose en la cama, pero al cerrar los ojos le acudió a la memoria el sueño del que acababa de despertar.

Había sido un sueño oscuro. En él había un campo de batalla

enorme y siniestro, por el que caminaba despacio, observando los cadáveres que lo rodeaban. A su lado, sus antiguos camaradas se internaban por la niebla mientras soltaban mofas irrespetuosas hacia los enemigos caídos. Entonces él los miraba, irritado. No le caían bien. Nunca le habían caído bien.

Se concentró para alejar aquel sentimiento de su mente. Pensó en Rálenna: los ojos verdes, las mejillas sonrosadas, los gestos traviosos. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo, la Rálenna de carne y hueso volvía a estar junto a él. Kai abrió de nuevo los ojos y vio que ya estaba vestida y arreglada, con el collar y los pendientes puestos, lavada la cara y lista para partir. La habitación seguía a oscuras, pero detrás de ella un diminuto rayo de luz se filtraba por una ventana.

—¿Ya te vas? —preguntó él con voz soñolienta.

—Sí —respondió la mujer con dulzura—. No puedo quedarme más.

—¿Nos veremos esta noche?

—No, es imposible. Ya te lo dije ayer, pero nunca me escuchas. Nos veremos dentro de dos días.

Kai suspiró. Rálenna le pasó una mano por el brazo y lo acarició con suavidad.

—Acuérdate de hablarle de mí a la señora Baélira.

Kai gruñó como toda respuesta.

—Hazlo —insistió ella—. Que tengas un buen día.

Dio la vuelta para irse, pero Kai le cogió la muñeca y la atrajo hacia sí.

—Dame un beso —exigió.

Rálenna suspiró y se inclinó hacia él. Kai se incorporó un poco para tratar de besarla, pero ella le hizo un amago; se apartó en el último momento y lo empujó con fuerza hacia atrás, tumbándolo de nuevo en la cama.

—Habla con Baélira —le recordó. En su rostro se dibujaba una sonrisa burlona.

Kai bufó mientras ella se alejaba. Rálenna salió, sus pasos se oyeron cada vez más distantes, la puerta de la casa se abrió y se cerró casi sin emitir ruido alguno. Kai se quedó tumbado en la cama, cerró los ojos y trató de conciliar otra vez el sueño, ahora que aún tenía tiempo.

Las cosas con Rálenna no eran sencillas. El secretismo con el que llevaban su relación solo conseguía que ambos se frustraran a menudo, quizá por orgullo, quizá por celos, cuando en el fondo lo único que deseaban era verse con mayor frecuencia. La situación solo mejoraría si contraían matrimonio, pero ¿estaba él dispuesto a ello? Tampoco hacía tanto que la conocía y, además, ella poseía mucho más patrimonio que él. La familia de Rálenna no lo vería bien, sin duda; tal vez, si él no hubiera dejado su antiguo empleo, su paga sería suficiente como para estar a la altura, pero con su salario actual aún estaba lejos de poder lograrlo.

En estas divagaciones se encontraba cuando de pronto los campanarios de la ciudad empezaron a sonar. Tres campanadas le indicaron que el alba había llegado.

Gruñó. No se desesperó enseguida, sino que primero dio una vuelta y luego otra. Bostezó, se estiró y murmuró para sí, hasta que al final entreabrió los ojos y se sentó en la cama. Estaba desnudo, pero no tenía ni pizca de frío; aquel verano era realmente caluroso y ni siquiera en la capital, que se encontraba en la costa, se podía huir del calor. Bostezó por segunda vez y se levantó.

Caminó por el suelo de piedra hasta llegar a una silla situada bajo la ventana, donde se encontraba toda su ropa, dejada de cualquier manera. El rayo de luz que se filtraba en la habitación era ya más claro, más puro. Se fijó un momento en él y vio motas de polvo que volaban en el interior del rayo. Se rascó la cabeza y se volvió hacia la silla.

Pantalones, botas altas, túnica blanca, cota de malla y cinturón. Todo atado y bien puesto, se pasó una mano para peinarse

el pelo hacia atrás, se mojó la cara para refrescarse, cogió las armas, echó los guantes dentro del yelmo y salió de la casa.

Aún era temprano, pero las calles ya empezaban a estar transitadas, ya se oía el ruido de los pasos y el rumor de la gente. Un día más se había alzado en aquel mundo vasto, un día más en el que los habitantes de la ciudad de Arbennios vivirían en paz y tranquilidad, trabajando para poder mantenerse y llegar al amanecer del día siguiente. Un ciclo continuo, ininterrumpido, de orden establecido.

Mientras caminaba, andaba pensando en asuntos irrelevantes, sin fijarse en nada concreto, pues ya lo conocía todo. La mayoría de las casas tenían todas las ventanas abiertas en un intento desesperado de airear unos habitáculos que apestaban a calor y sudor, pero no soplaban aire alguno, no había ni una pizca de la brisa más tenue, así que ninguna casa podría ventilarse. Al mismo tiempo, las calles empedradas estaban llenas de suciedad: aquí y allá había tierra, meados, restos de defecaciones, tanto humanas como animales, y a veces incluso gotas de sangre esparcidas por el suelo y las paredes. ¿Habría habido alguna pelea durante la noche anterior? Quién sabe, tanto podría haber sido la noche anterior como la de dos meses antes.

En la mano derecha sostenía la lanza, una correa le cruzaba el pecho para sujetar el escudo en la espalda y bajo el brazo izquierdo llevaba el yelmo. Pronto empezaría su jornada laboral; esa semana le había tocado el turno bueno, lo que significaba que aún tenía un poco de tiempo antes de empezar a trabajar, el suficiente como para pasar por su posada favorita.

Iwo, su amigo Iwo, el rubio y joven guaperas que había conocido años atrás, estaba prometido con la hija de los propietarios de El Escudo Heserio, una de las posadas con más renombre en el barrio. Así que los privilegios que tenía allí la vieja pandilla de amigos eran considerables: se los trataba con calidad y no como clientes cualesquiera, y a cambio ellos no consumían

comida o bebida prácticamente en ningún otro local, sino que pasaban tanto tiempo en esa posada como en sus respectivas casas.

Cuando entró, la primera persona que lo vio fue Shana, la prometida de Iwo. Tenía una figura como la de Rálenna, pero Shana era más joven y su cabello era negro como el cielo sin estrellas.

—Buenos días —lo saludó—. ¿Has pasado una buena noche?

—No empieces —respondió él, esbozando una media sonrisa—. ¿Ya han llegado todos?

Shana asintió y también sonrió. Lo cogió del brazo y, juntos, caminaron hasta una pequeña y acogedora sala, situada al otro extremo de la posada. Abrieron la puerta y allí los vieron: tres hombres y una mujer sentados alrededor de una mesa redonda, desayunando mientras charlaban.

—¡Hombre! —exclamó Arden nada más verlo—. Llegas tarde. ¿Cómo es eso? Antes nunca llegabas tarde. ¿No será que cierta señorita te ha entretenido más de la cuenta?

—¡No le digas eso! —le regañó Landia—. Es el que vive más lejos, por eso llega después que nosotros.

—¡No lo defiendas! —protestó Arden—. ¿Quieres conocer a su mujer o no? Déjame provocarlo.

Los demás rieron mientras Kai dejaba la lanza y el escudo apoyados en la pared y se sentaba al lado de Landia, que era su prima. Puso el yelmo sobre la mesa.

—¿Nos la presentarás algún día? —pidió Dan—. Llevas ya un montón de tiempo viéndote con ella, pero nosotros ni siquiera sabemos aún su nombre.

—¿Un montón de tiempo? —intervino Iwo, el rubio posadero—. Creo que ni siquiera hace un año.

—Los casados medís el tiempo de manera diferente a los solteros —señaló Dan.

—Eso es verdad —opinó Arden.

—Si no quieres presentarla —continuó Dan—, por lo menos podrías decirnos cómo se llama.

Kai suspiró en señal de resignación. Cortó una generosa ración de queso y luego se llevó una jarra de cerveza a los labios.

—Ya sabéis que no puedo decirnos nada —se excusó, dejando la jarra sobre la mesa tras un largo trago—. ¿Cada mañana tendré que soportar este interrogatorio sin sentido?

—Pues claro, porque si ahora ya no cenas con nosotros, sino que cenas con ella, tan solo vamos a verte por las mañanas —sonrió Arden.

—La semana pasada tuve el turno de tarde —explicó Kai con voz cansada— y durante esta semana solo he cenado una noche con ella. Hoy cenaré con vosotros.

—Eso espero.

Kai suspiró otra vez. Los otros cinco, contando a Shana, que se había sentado al lado de Iwo, lo miraban sonriendo. Él se giró hacia su prima.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó.

—Perfectamente —respondió ella, frotándose el vientre con una mano—. Ya hemos decidido cómo se llamará en caso de que sea niño.

—¿Ah, sí? —dijo Shana—. ¿Cómo?

—Elerion —respondió Arden.

—¿Le pondréis el nombre de un rey? —Kai se mostró escéptico.

—Sí —Arden se encogió de hombros—. ¿Quién nos lo va a impedir?

—Seguro que lo has escogido tú, no mi prima.

—Es que hemos decidido que si es niño, él escogerá el nombre —intervino Landia—, y si es niña, lo elegiré yo.

—Parece un trato justo —asintió Iwo.

—Pues ya sabes lo que tendrás que hacer cuando os toque a vosotros —dijo Arden, guiñándole un ojo. Iwo y Shana se ruborizaron.

—Oye, Arden, ahora que vais a tener el crío, ¿piensas abrir la nueva sastrería de todos modos? —se interesó Dan.

—¿La nueva sastrería? —Arden se sorprendió—. ¿Qué dices, Dan? No, hombre, eso es una idea antigua. Mira, estuve haciendo cálculos y llegué a la conclusión de que antes de abrir una segunda sastrería debería conseguir sacarle la máxima rentabilidad a la primera.

—Pero eso es evidente, Arden. ¿Te planteabas abrir otra sin obtener máximos beneficios de la primera?

Arden hizo un gesto para indicar que no se quejara.

—La clave son los clientes —explicó—. Si consigo que todos los vecinos se conviertan en mis clientes, entonces obtendré la máxima rentabilidad. Para ello, he pensado una nueva estrategia para atraer a más gente: ahora me dedico de forma exclusiva al trato con los clientes. Les hablo de manera cortés y respetuosa, como debe ser, y les hago un descuento en caso de que me hagan más de tres encargos por mes. Mi sastrería es la mejor, así que no creo que tarde mucho en atraer a todos los vecinos.

—Es la mejor porque es la única que hay en todo el barrio —dijo entonces Landia, con un tono de burla que guardaba cierto parecido con el de Rálenna.

Kai torció una sonrisa mientras desayunaba. Desde que fueron suficientemente mayores como para entender la importancia del dinero, Arden siempre había estado absorto con planes de negocio. Por suerte, Landia le hacía poner los pies en el suelo.

Pronto, Iwo y Shana tuvieron que dejar la mesa para ir a atender a los otros clientes de la posada. Dan no tardó en seguir su ejemplo.

—Yo me voy ya —anunció—. Debo llegar puntual a mi guardia.

—Me voy contigo, pues —se unió entonces Kai.

Apuró su jarra hasta la última gota y luego se inclinó hacia su prima, quien le dio un beso en la mejilla.

—Nos veremos esta noche.

—Sí. Que tengáis un buen día.

Kai y Dan cogieron sus cosas, se despidieron con un gesto y salieron de la posada. Echaron a caminar por la calle y, mientras Kai volvía a colocarse el escudo en la espalda, Dan le sujetó el yelmo, en cuyo interior aún estaban los guantes.

—Deberías probar de vivir sin guantes —le aconsejó su amigo—. Más aún con este calor que hace.

—Gracias, pero no —Kai entrecerró los ojos—. Ya que las manos me van a sudar de todos modos, prefiero que al menos no me resbalen las armas si tengo que emplearlas.

—Yo creo que antes de ponerme un guante me dejaría amputar la mano. Ahora mismo estaba sudando como un pollo en la posada y el día no ha hecho más que empezar.

—Es cierto. Parecía que estuviéramos metidos en un horno. Esta noche les diremos a Iwo y Shana que nos cambien a una sala con ventana al exterior.

—No sé si eso es buena idea. Si no hace aire, la ventana no va a refrescarnos nada y tan solo servirá para que nos llegue el olor a mierda que hay por la calle.

Kai soltó una carcajada. Dan era más bajo que él, pero mucho más fornido; pertenecía a la Guardia de Arbennios, cuyo deber era mantener el orden y la seguridad por toda la ciudad. Los miembros de la Guardia no eran verdaderos soldados, su entrenamiento era breve y no muy intenso, lo que hacía que su habilidad con las armas no fuera nada del otro mundo; pero aun así se encargaban con eficacia de los ladrones y criminales, haciendo de Arbennios una ciudad bastante segura.

Pasaron por cuatro calles y al final ambos se separaron. Kai se dirigió a la zona alta, el barrio noble, donde los edificios eran más lujosos, más amplios, con más decoraciones y de colores más vivos. El mismo aire parecía allí más puro que en otros lugares de la ciudad, como si por el simple hecho de estar rodeado por bellas

construcciones y por personas con vestidos más caros uno pudiera sentirse más limpio; o quizá fuera simplemente que, como las calles eran el doble de grandes, el aire llegaba menos cargado y el calor parecía menos intenso bajo la sombra de aquellas edificaciones tan altas.

La que él buscaba no destacaba más que el resto: una casa de paredes blancas cuya única puerta estaba custodiada por un hombre armado. Tenía la cabeza afeitada y una barba salvaje y pelirroja.

—Sanno.

—Kai.

—¿Cómo ha ido el servicio?

—Como siempre. —Sanno se encogió de hombros y se hizo a un lado.

Kai entró en la casa. El vestíbulo dio lugar a un amplio salón, donde Murwan, Vala y Yago conversaban en voz baja. Los tres se giraron hacia él cuando lo vieron entrar.

—Buenos días —saludó Kai. Los tres respondieron con cortesía—. ¿Alguna novedad para hoy?

—El señor quiere salir cuanto antes —explicó Vala—. Desea visitar a un amigo suyo. Pero la señora y los niños se quedarán, así que me llevaré a Yago y a Háret mientras los demás os quedáis en la casa.

Kai asintió. Caminó hasta el otro lado del salón, donde dejó la lanza apoyada contra la pared, se colocó el yelmo en la cabeza y empezó a ponerse los guantes. Apenas hubo terminado cuando los hermanos Ion y Erl entraron por el vestíbulo.

—Bien, solo faltabais vosotros —les dijo Vala en cuanto los vio llegar—. Ion, ve a sustituir a Sanno en la puerta. Erl, el vestíbulo y el salón son tuyos. Kai, al patio. Voy a avisar al señor. Yago, conmigo. Hasta mañana, Murwan.

Sin decir nada más, Vala fue a la izquierda, donde unas escaleras subían hacia el segundo nivel de la casa. Yago fue tras ella.

Kai se apretó los guantes, cogió la lanza y salió al pequeño patio interior al que se accedía desde el fondo del salón.

La puerta estaba abierta para tratar de crear una corriente que calmara aquel calor insoportable. Ten estaba de pie, paseando con aburrimiento, cuando vio que Kai aparecía.

—Hola, Kai —lo saludó su camarada—. Ya era hora de que llegara el cambio de guardia. Este calor es mortal. Creo que en lo que llevamos de mes he sudado suficiente como para perder todo el peso que he ganado desde año nuevo.

Kai esbozó una media sonrisa.

—A menudo se dice que el turno de mañanas es el bueno, pero si tú has tenido calor aun siendo de noche, imagínate yo, que me abrasaré en este patio bajo el sol del mediodía.

—Visto así, tienes razón. A lo mejor incluso se te derriten las manos con estos guantes que llevas. —Ten le dio una palmada en el hombro—. Venga, hasta mañana.

—Hasta mañana, Ten.

Se quitó el yelmo, lo sostuvo con la mano izquierda y miró a su compañero mientras desaparecía tras la puerta del patio. Con él llegaron otros sonidos provenientes del salón, voces amigables y pasos que se alejaban. Supuso que, como Ten y Murwan, los hombres que habían hecho guardia durante el turno de noche estaban ya saliendo, cada uno directo a su casa para descansar. Habían acabado su jornada laboral.

Su trabajo no requería gran habilidad. La presencia de un hombre armado en la entrada de la casa, tanto de noche como de día, provocaba que ningún ladrón se atreviera a entrar en ella, y lo mismo ocurría cuando salían por las calles: el señor siempre estaba acompañado por más de un hombre, lo que intimidaba a cualquiera que se cruzara con ellos. Y, además, en Arbennios no abundaban los criminales. La guardia del señor Nárenwal era más bien honorífica que necesaria. En general, las horas transcurrían lentas y monótonas, de pie, ya fuera en la casa o por las calles.

Las nubes blancas y pasajeras apenas se habían movido un ápice cuando nuevas voces llegaron del salón. Kai se acercó a la puerta del patio. El señor estaba colocándose bien la capa de seda ante un espejo grande mientras daba instrucciones a su mayordomo, Nasso, que esperaba detrás de él. Vala, Yago y Háret también estaban preparándose para salir.

—Habré vuelto antes del mediodía —decía el señor—. Encárgate de que Rin prepare alguna comida que esté bien fría, si es posible. No estaría mal un plato entero de fruta. —Abrochada la capa, se giró hacia un lado para mirarse de perfil—. Dile que no hace falta que elabore uno de esos manjares tan difíciles y tan delicados, sino tan solo algo que no me dé calor. —Se giró para mirarse el otro perfil—. No me cabe duda de que llegaré medio deshidratado. Si vuelve a hacerme un potaje caliente como el de ayer, lo despediré y buscaré un cocinero que sea menos hábil pero que entienda mejor lo que necesito. —Se volvió hacia Nasso.

—Así se lo diré, mi señor —asintió el mayordomo.

—Bueno, no hace falta que lo amenaces con el despido —añadió el señor Nárenwal haciendo un ademán con la mano—. Sus caldos son de lo más adecuados cuando llega el invierno. Solo espero que este calor no dure mucho más. Vala —miró a la guerrera—, ¿nos vamos?

Ella hizo un gesto de aprobación. Se giró hacia Erl.

—Ve arriba con Odo —le ordenó. Se giró hacia Kai—. Este nivel es todo tuyo. Os quedáis a las órdenes de Odo hasta que regresemos. Cámbiate por Ion cuando pasen dos horas. —Miró a Yago y Háret—. Vamos.

—Espera —intervino entonces el señor—. ¿Vas a dejar a Kai aquí? No, mujer, prefiero que nos acompañe.

—Pero, señor... —Vala frunció el ceño.

—¿De qué sirve tener a un infernal en nuestra guardia si lo dejamos encerrado en casa todo el día? —Nárenwal se echó a reír.

Por un instante, Kai se sintió alabado. Esbozó una media sonrisa.

—Ya no soy un infernal, mi señor.

—No, ahora perteneces a mi guardia, lo cual es aún mejor —replicó el señor—. Venga, ven. ¿No te había dicho que cuando era joven siempre había soñado con tener una guardia de élite? Y ahora tengo ya a un infernal y a una onira. Me siento como un niño pequeño a quien le han regalado el juguete que más desea. Casi podría decirse que soy un coleccionista, en ese sentido.

El señor Nárenwal se volvió hacia Vala. Ella asintió.

—Como deseáis. Háret, quédate en lugar de Kai. Venga, vamos.

Kai se colocó el yelmo en la cabeza y fue tras ellos. Antes de abandonar el salón, vio que Háret no parecía muy contento. No se dijeron nada. El señor había insinuado que Kai era mejor luchador que cualquiera de los demás, lo que tal vez había herido el orgullo de Háret.

Pero el señor tenía razón. Kai había formado parte de la élite del reino, mientras que el resto de los hombres de la guardia seguramente habían salido del ejército regular o de compañías de mercenarios. Si se enfrentaba en igualdad de condiciones con cualquiera de ellos, él sería el vencedor.

Salvo quizá por Vala.

Se fijó en ella mientras caminaban. Era casi tan hermosa como Rálenna, pero mucho más peligrosa. Delgada y de estatura media, de piel muy blanca, ojos azules y cabello rubio recogido en una larga trenza, en el pasado había sido una onira, guerrera de una compañía militar formada exclusivamente por mujeres. Se decía que a las oniras se las había entrenado para compensar la carencia de fuerza bruta con una rapidez y una agilidad que ningún hombre podía adquirir, y que estaban especializadas en armas ligeras y venenos. Algo de aquello debía de ser cierto, porque Vala se movía como una felina, sus pisadas casi no hacían ruido y no

llevaba armas pesadas, sino que tenía un escudo pequeño, una lanza corta y cuatro cuchillos distintos prendidos del cinturón.

A su lado estaba Yago, que parecía la antítesis completa de la onira. Se erguía como una torre, más alto que el propio Kai; tenía la piel tan tatuada que era casi negra, con el pelo tan corto que parecía inexistente y brazos tan musculosos que daba miedo pensar la fuerza que podía poseer. Según se comentaba en la guardia, Yago había sido un mercenario nativo del reino de Tardía, donde había ganado tanta confianza en sí mismo que ahora ya no llevaba nunca armadura alguna; su única arma era un hacha de hoja doble tan pesada que Kai probablemente no habría sido capaz de levantar por encima de la cabeza y, sin embargo, Yago la blandía con una sola mano.

El señor Nárenwal los guio por las calles de la ciudad con su andar despreocupado, mientras ellos tres lo seguían tan de cerca que parecían sus sombras. Se cruzaron con otros ricos y nobles por el camino, gente que también llevaba una guardia de dos, tres o cuatro hombres, algunos de los cuales no iban a pie, sino a caballo, y otros incluso eran llevados con palanquines por sus siervos.

No tardaron en abandonar aquella zona para adentrarse por otros barrios de la ciudad; pasaron por el mercado de Ídalan, que estaba abarrotado, donde Vala se puso delante del grupo para abrirle paso al señor, y luego se internaron por calles más tranquilas, en las que abundaban las fuentes y los jardines interiores.

Mientras, el señor Nárenwal iba hablando con Vala sobre sus hijos.

—El mayor está empezando a entender la importancia de los negocios —explicaba con una sonrisa—. Pronto tendrá ya edad para que lo lleve conmigo a las reuniones y aprenda de su padre. El pequeño, sin embargo, es harina de otro costal. Sueña con ser caballero y defender Lénoda de todos sus enemigos. A mí no me importaría, porque elevaría el nombre de la familia. Claro que su

madre no quiere ni oír hablar de eso: tiene miedo de que se muera irremediabilmente si entra en batalla. Yo le digo que no tiene por qué morir, pues hasta en las batallas más sangrientas siempre hay supervivientes. ¡Mira a Vala!, le digo. Pero, ella, ni caso...

Mientras el señor seguía con su monólogo, Kai recordó lo que Rálenna le había pedido aquella mañana, lo mismo que le pedía cada día desde que le habían dado aquel empleo. La esposa de Nárenwal era la señora Baélira, y Rálenna insistía en que hablara con ella. Su amante quería tratar de entrevistarse con Baélira para ganarse su confianza y, de paso, su influencia.

Pero él no sabía cómo hacerlo, teniendo en cuenta que la señora nunca le había dirigido la palabra más que para desearle los buenos días o las buenas noches, y que probablemente ni siquiera sabía aún su nombre. Dado que él amaba a Rálenna y Rálenna le había pedido ayuda, debía intentar complacerla, pero cuantos más días pasaba al servicio del señor Nárenwal, más difícil lo veía.

—Ya hemos llegado.

Kai volvió a la realidad cuando el señor Nárenwal se detuvo e hizo un gesto hacia la casa que les quedaba a la derecha. La calle era amplia; varios ciudadanos circulaban arriba y abajo, una pareja se había detenido para admirar el diseño arquitectónico de uno de los edificios y un grupo de niños pequeños jugaba corriendo un poco más allá, mientras una mujer con un moño les gritaba desde una ventana que tuvieran cuidado de no hacerse daño.

El señor Nárenwal se acercó a la casa que había indicado y llamó varias veces a la puerta. Un hombre nervudo y con profundas entradas les abrió casi de inmediato. Pareció sorprendido en un primer momento, pero enseguida les hizo pasar.

—Naren, ¿qué es esto? —preguntó el hombre tras cerrar la puerta con presteza. Tenía acento extranjero; de Denatos, tal vez—. En mi carta te dije que vinieras solo.

—¿Para qué tengo una escolta si no la utilizo? —protestó el

señor—. No te preocupes, son de confianza; para eso les pago, al fin y al cabo.

El hombre les echó una ojeada valorativa a los tres guerreros.

—Lo hecho, hecho está —suspiró, resignado—. Pero que no nos molesten mientras hablamos.

—De acuerdo —asintió Nárenwal. Miró a Vala—. Ya lo has oído.

—Sí, mi señor, pero tal vez deberíamos inspeccionar primero la casa.

—¿Inspeccionar? No seas maleducada. Gálorei es un amigo.

—Podéis quedaros en el salón mientras nosotros hablamos en la cocina —propuso Gálorei de mala gana.

Vala no dijo nada. Frente al vestíbulo, una escalera subía hasta el piso superior, mientras que a la izquierda se abría un modesto salón, al fondo del cual había una puerta. Nárenwal y su amigo entraron por esa puerta, detrás de la que se vislumbraba una cocina pequeña, con una mesa y dos sillas. Gálorei la cerró tras él.

Vala se volvió hacia Kai y Yago.

—Kai, quédate vigilando el vestíbulo. Deja tu lanza aquí, con la mía. En una casa tan estrecha no nos servirán de nada. Yago, tú inspecciona el piso superior y luego vuelve para informarme. Yo me quedaré aquí, custodiando el salón.

Kai y Yago asintieron. El primero dejó su lanza apoyada en una esquina del salón y volvió por donde habían llegado, mientras el segundo subía por la escalera.

Kai se quedó en la entrada misma de la casa, junto a la puerta. Vala tenía razón. El techo era bastante bajo y las paredes, estrechas, de manera que, si tuviera que blandir la lanza en aquel espacio reducido, sería más un estorbo que una ayuda.

De todos modos, aquello no era ninguna novedad. Por norma general, todas las lanzas eran inservibles dentro de las casas, pues se habían diseñado para luchar en espacios abiertos, no cerrados.

Él solo llevaba la suya porque se sentía más a gusto con ella, toda la vida había empuñado una lanza y, además, la casa del señor, donde solía estar de guardia la mayor parte del tiempo, era más grande que las viviendas corrientes.

Sobre su cabeza se oían los pasos de Yago, que caminaba de un lado para otro en el nivel superior, examinando lo que fuera que allí había. Aparte de eso, lo único que oía eran las voces de Nárenwal y Gálorei, que sonaban como el rumor de las olas del mar: bajas pero inexorables. No podía entender del todo lo que decían, justo cuando su señor lanzó un grito de sorpresa.

—¡No es posible! —exclamó—. ¡Guerra civil!

Sobresaltado, Kai se acercó al pie de la escalera, desde donde podía ver parte del salón y la puerta de la cocina, que permanecía cerrada. Vala también se había puesto alerta, pero la conversación entre Nárenwal y Gálorei proseguía de nuevo con murmullos.

Vala miró a Kai y se encogió de hombros. Kai esbozó una media sonrisa y regresó a su posición en el vestíbulo.

Se quitó un momento el yelmo y se pasó una mano por el cabello, que estaba empapado de sudor. El calor era agobiante. Sentía caer las ardientes gotas por todos los músculos del cuerpo, desde la frente hasta los pies. Volvió a ponerse el yelmo y resopló, rezando para que el verano terminara pronto.

Los peldaños de la escalera crujieron cuando Yago empezó a descenderlos de nuevo. Sin mediar palabra, su compañero fue al salón para hablar con Vala. Un segundo después, como si un halo pestilente siguiera al mercenario allí a donde fuera, un aroma muy potente atacó los sentidos de Kai y supo que Yago también estaba sudando. Debía de apestar mucho como para que él, cuyo sentido del olfato era nefasto, pudiera olerlo con tanta intensidad.

Se preguntó si también su cuerpo hedía de aquella manera. Si la respuesta era afirmativa, no entendía cómo Rálenna podía acostarse con él sin quejarse.

Vala y Yago hablaban en voz tan baja que ni siquiera podía

oírlos. Se acercó al salón y vio que ambos se encontraban a pocos pasos de la puerta de la cocina; Vala susurraba mientras Yago estaba medio inclinado hacia ella para que la onira no tuviera que alzar la voz. Cuando Vala terminó, Yago asintió, levantó la vista y volvió hacia la escalera.

Kai se apartó un poco para dejarlo pasar y le hizo un gesto con la cabeza.

—¿Qué has visto arriba? —le preguntó.

—Esto —respondió él.

Acto seguido, Yago le lanzó el puño izquierdo directo a la mandíbula.

Kai bloqueó el ataque por puro reflejo, apartándolo con las dos manos y retrocediendo hacia el interior del vestíbulo.

—¿Qué...? —empezó, incrédulo.

Pero Yago no se detuvo a conversar. Levantó el hacha de guerra con la mano derecha y descargó un golpe terrible contra él.

Kai lo esquivó retrocediendo aún más y de inmediato aprovechó la guardia descuidada de su otrora compañero para propinarle una patada con la bota plana directa al pecho.

Yago reculó debido al impulso de la patada y cayó hacia atrás, golpeándose el trasero contra la escalera.

Si el impacto le hizo daño, no lo demostró.

Kai sujetó con la mano izquierda la vaina de la espada y se llevó la derecha a la empuñadura, dispuesto a desenfundarla, justo cuando un grito de pánico lo sacó del combate.

Levantó la cabeza. El salón estaba vacío. La puerta de la cocina, ahora abierta de par en par, dejaba entrever a Gálorei aún en la silla, con la vista clavada en el techo y el cuerpo empapado en su propia sangre.

Se oyeron un gemido y un golpe sordo, y de inmediato el señor Nárenwal apareció en la puerta, arrastrándose por el suelo, con la lanza de Kai enterrada en la espalda. Aún estaba vivo. Con sus últimas fuerzas, trató de alejarse de la cocina.

—Por favor... —gimió con una voz rota por el dolor.

Vala apareció detrás de él, arrancó la lanza y de un golpe seco se la clavó en la nuca.

El señor Nárenwal perdió todas las fuerzas que le quedaban y se dejó caer en el suelo, inerte.

—¡No! —gritó Kai a pleno pulmón.

La sorpresa del ataque lo dejó tan aturdido que no fue capaz de reaccionar. Tan solo permaneció allí, de pie, boquiabierto e indefenso; su mente quedó en blanco mientras trataba de determinar si lo que estaba ocurriendo era real o si no era más que una pesadilla.

Por el rabillo del ojo vio que una sombra se cernía sobre él: Yago se había levantado. Kai se giró para encararse mientras su enemigo cargaba contra él sujetando el hacha con las dos manos.

Kai, conmocionado aún por lo sucedido, se dio cuenta demasiado tarde de que en la mano derecha no empuñaba arma alguna: su lanza estaba en manos de Vala mientras que su espada seguía en la vaina. Tampoco en la izquierda tenía nada; el escudo aún le colgaba de la espalda. No podía moverse a uno u otro lado dado que las paredes le cerraban el paso; comprendió que no tenía tiempo de hacer nada que no fuera retroceder otra vez, en un intento de que Yago fallara de nuevo el golpe. Pero el muy bestia había aprendido de su error, así que, en vez de acometer con el hacha, corrió hacia él, arrinconándolo, mientras Kai seguía retrocediendo; hasta que, al final, chocó con la espalda contra la puerta que daba a la calle. Impotente, supo que ya no podía retroceder más, no podía hacer nada; Yago caía sobre él como la avalancha de una montaña, fuerte, inmenso, letal, imparable.

Durante un instante, supo que iba a morir.

Pero entonces ocurrió un milagro: en su furiosa embestida, Yago no había calculado que su altura, sumada a la longitud de su arma, le imposibilitaría asestar un golpe por encima de la cabeza. Cuando descargó el hacha, la hoja chocó contra el techo,

que la desvió de su objetivo y la hizo atravesar la puerta en lugar de la cabeza de Kai.

Ambos se quedaron quietos durante un momento. El hacha de Yago había hecho un tajo monstruoso en la puerta de madera, que iba desde casi el dintel hasta sus pies.

Kai fue a desenfundar la espada, pero Yago, sabiendo que no tendría tiempo de arrancar el hacha y volver a atacar antes de que él le rajara la garganta, dio un paso atrás y acto seguido le propinó una patada plana en el pecho, igual que antes le había hecho Kai.

El pie de su enemigo lo empujó hacia atrás con una fuerza tan descomunal que la puerta fue incapaz de resistir el impacto; se quebró allí donde Yago la había roto con su hacha y Kai cayó pesadamente al otro lado. Rodó hacia atrás y cuando volvió a abrir los ojos se encontraba en el centro mismo de la calle.

Maldijo en voz baja. Puso las manos en el suelo y se incorporó.

Se pasó la correa del escudo por encima de la cabeza, lo sostuvo con la mano izquierda y luego desenvainó la espada *élet* con la mano derecha.

Yago recogió su hacha de la entrada de la casa, saltó a la calle y cargó contra él.

Una sola de sus estocadas monstruosas podría partirlo en dos. Pero ya no era como en la casa, donde estaban rodeados por paredes que les impedían el movimiento; ahora tenían espacio, mucho espacio, todo el espacio del mundo. Y, además, ya no lo pillaría desprevenido.

Estaban en igualdad de condiciones.

Yago enarboló el hacha por encima de la cabeza y luego la descargó trazando un arco horizontal, tratando de cortarlo por la mitad. Kai se agachó, esquivando el golpe por la izquierda, y al levantarse le dio un primer tajo en la pierna, un segundo en las costillas y un tercero en la cabeza.

Su hoja le cortó una oreja y se hundió limpiamente en el cráneo.

Desclavó la espada y se encaró hacia la entrada de la casa, cubriéndose con el escudo.

Los ciudadanos que se encontraban paseando por la calle gritaron, presas de la sorpresa y el pánico, y echaron a correr como posesos mientras el cuerpo de Yago se desangraba en el suelo, anegando todo su alrededor en un charco viscoso, rojo y espeso.

Vala apareció por la puerta rota. Llevaba su pequeño escudo redondo en una mano y su lanza corta en la otra. Miró el cadáver de Yago. Frunció los labios.

Dio un paso adelante y se puso en guardia. No dijo nada. Tampoco Kai. Ambos se movieron en círculo, estudiándose con ojos cautelosos desde detrás de sus escudos alzados. Ella tenía un arma más larga y, en consecuencia, poseía un alcance mayor.

Atacó como una tigresa: en un movimiento rápido, fluido, perfecto, dio un salto equilibrado y dirigió una lanzada a su clavícula que lo habría matado al instante. Pero Kai interpuso el escudo desviando la lanza hacia el exterior. Era su turno: descargó la espada en diagonal, en un golpe tan fiero que hizo saltar astillas del escudo de Vala. Ella retrocedió debido al impacto, pero de inmediato recuperó el equilibrio; giró sobre sí misma y acometió con la lanza en horizontal, a la altura de los hombros. Kai se agachó y dirigió su espada a la pierna de su enemiga. Vala saltó a la izquierda y volvió a hacer el mismo ataque con la lanza. Kai interpuso el escudo y blandió la espada en vertical. Vala saltó hacia atrás, esquivando el golpe, y barrió con su arma en un arco a la altura de las piernas, para tratar de hacerlo tropezar y caer. Kai retrocedió un paso y salió así del alcance de la lanza corta.

Se quedaron un momento en pie, quietos, mirándose en silencio.

Vala se lanzó de nuevo al ataque. Hizo una finta: pareció que

atacaría por la derecha cuando en realidad descargó su lanza recta, segura, firme, por la izquierda, tratando de atravesarle el estómago. Pero Kai la vio venir; él mismo había recibido entrenamiento con la lanza y era bueno empuñándola, así que semejante truco no iba a causarle efecto alguno. Al contrario. Previendo el ataque enemigo, se deslizó levemente hacia la derecha y cuando la lanza erró el blanco, movió el brazo izquierdo a toda velocidad y atrapó con la mano el asta de madera.

Kai tiró de la lanza, atrayendo a Vala hacia sí, para de inmediato descargar la punta de la espada directamente sobre el rostro enemigo. Vala tuvo tiempo de interponer su escudo, pero el golpe llevaba tanta fuerza que la espada atravesó la madera y se quedó hundida en ella, a pocos dedos de la blanca mejilla.

Kai bajó la cabeza y enterró la frente en medio del rostro de Vala al mismo tiempo que ella levantaba una rodilla y se la hundía en la entrepierna.

Ambos gimieron simultáneamente y retrocedieron hacia atrás, quedándose totalmente desprotegidos durante un breve instante.

Medio ido por el dolor, Kai consiguió entornar los ojos y se complació al ver que Vala estaba tan afectada como él; daba pasos ciegos hacia atrás, cubriéndose el rostro con la mano derecha, mientras escupía sangre y maldiciones.

Kai había soltado la empuñadura de su espada en el momento del golpe, de modo que se había quedado clavada en el escudo de Vala. Por suerte, al mismo tiempo que eso ocurría, ella había soltado su lanza, que aún permanecía en la mano izquierda de Kai.

El dolor lo invadía, pero tenía que hacer caso omiso. Respiró profundamente, se pasó la lanza a la mano derecha y empezó a caminar hacia Vala. Primero un paso, luego, otro; parecía que recuperaba la claridad mental. La lanza era realmente corta, no medía más de la mitad que la suya propia. Se detuvo. Hizo un molinete, haciéndola girar primero por la derecha, luego por la

izquierda y luego otra vez por la derecha, para al final sujetarla por el medio del asta y empuñarla en dirección a Vala.

La onira lo miraba con los ojos crispados. Cuando se quitó la mano del rostro, se vio que la nariz, roja, le sangraba, al igual que el labio superior. Vala tiró el escudo a un lado, que cayó sobre el suelo empedrado, con la espada aún clavada en él. A continuación, desenfundó un cuchillo con cada mano y los sostuvo con las dos puntas mirando hacia abajo.

Ambos se quedaron en guardia, con las piernas flexionadas, dispuestos a atacar en cualquier momento.

Vala corrió de frente hacia él, como llamando a gritos la muerte; Kai barrió la lanza, pero su enemiga se echó por el suelo, rodó y al levantarse trató de acertarle con un cuchillo en la pierna. Kai se apartó en el último momento y acto seguido le propinó tal patada con la bota izquierda que Vala salió despedida hacia atrás y cayó al suelo, tumbada bocarriba. Sin perder un instante, Kai saltó hacia ella, dispuesto a ensartarla, pero la onira rodó a un lado, así que la punta de la lanza se clavó en el suelo. Antes de que pudiera levantar la guardia de nuevo, Vala estaba ya de pie y le dio una patada a la lanza, lo que hizo que el asta se partiera por la mitad.

Kai reculó, maldiciendo su suerte, pero, antes de que pudiera protegerse, Vala descargó una nueva patada que le impactó de lleno en el brazo derecho. Kai cerró los ojos un momento, apretó la mandíbula, retrocedió dos pasos más; la mitad inservible de la lanza se le había caído de la mano. Levantó el escudo a tiempo para detener un nuevo ataque con los cuchillos; aunque solo eran dos, se movían con tal velocidad que parecía que Vala tuviera cuatro brazos. Al fin vio un hueco en la guardia de su enemiga, que, embravecida por su ataque, había descuidado su defensa; se agachó y le golpeó con el borde del escudo en la cadera. Vala se inclinó hacia delante y Kai aprovechó el movimiento para propinarle un puñetazo seco en la mandíbula.

Vala dio un paso atrás; Kai se giró y corrió hacia el lugar donde

la onira había tirado su escudo. Puso un pie sobre la madera y arrancó la espada de un tirón, para luego encararse de nuevo hacia su enemiga.

—¡Alto! ¡¿Qué demonios es esto?! ¡Quedáis arrestados! ¡En nombre del rey, tirad las armas ahora mismo!

La voz era potente y rezumaba autoridad. Kai y Vala miraron a ambos lados y vieron que estaban totalmente rodeados por hombres de la Guardia de Arbennios.

Concentrados en su combate, no habían sido conscientes de que no estaban solos en la calle, pues había mucha más gente. Los niños se habían puesto a llorar mientras las madres histéricas los apartaban de la peligrosa danza de acero al tiempo que algunos hombres más curiosos que valientes se quedaban a una distancia prudente para observar el desenlace del combate. Algunos incluso habían empezado a hacer apuestas sobre el ganador cuando los soldados de la Guardia, guiados por los gritos y el escándalo, llegaron al lugar. Rápidamente, formaron un círculo alrededor de los dos luchadores, empuñando las lanzas hacia ellos para que no trataran de abrirse paso a estocadas.

Su capitán, un hombre de espaldas anchas y barba canosa, les había hablado.

—¿Es que no me habéis oído? ¡Tirad las armas ahora mismo! Vala fue la primera en reaccionar. Tiró sus dos cuchillos.

—Entrad en la casa —les dijo, mirando al capitán—. Encontraréis a dos hombres muertos. —Desenfundó los otros dos cuchillos y también los dejó caer al suelo—. Este repugnante traidor los ha asesinado a ambos y luego ha matado a mi compañero —señaló a Yago.

—¡Eso es mentira, sucia embustera...!

—¡He dicho que sueltas las armas! —lo cortó el capitán en un tono que no admitía réplica.

Kai se miró las manos, irritado, y cuando vio que aún sostenía el escudo y la espada, los soltó ambos.

—Debéis escucharme: esta mujer ha matado a...

—No le prestéis atención, no es más que un asesino...

Kai y Vala empezaron a hablar a la vez, tratando de hacerse oír, pero el capitán ya no los escuchaba. Mientras algunos de sus hombres los inmovilizaban y los ponían de rodillas, otros fueron a hablar con los testigos, y el capitán entró por la puerta rota de la casa.

Encolerizado, Kai miró a Vala. Sus ojos se cruzaron en mitad de aquel caos. Los habían cogido a ambos, pero él estaba hecho una furia, mientras que ella lucía una sonrisa triunfal en el rostro.